

echó á correr al jardín; el capellán le siguió pálido y tembloroso.

—¡Padre! —exclamó el niño con un grito desgarrador, arrodillándose al lado de Barrientos, que abrió los ojos empañados por las sombras de la muerte...

Apoyado en un árbol cercano se hallaba el Duque, lívido: su brazo roto había dejado caer la pistola. El capellán se arrojó de rodillas al lado de Barrientos; el jardín se llenó de criados, de gente, de tumulto.

—¡Está vivo! —dijo el Duque con voz débil; —socorredle...; traed médicos...; llevadle adentro...

Cayó exánime y dos criados le levantaron y sacaron del jardín.

—Padre mío, dad gracias al cielo porque me envía la muerte —dijo Barrientos; —sin el amor de mi mujer no podía vivir... Mis hijos... llevadlos á su abuelo... Gonzalo, abraza á tu hermana por mí... ¡Dios mío, perdón...!

El viejo capellán bendijo aquella frente lívida y oró con fervor. Gonzalo unió sus labios á la mejilla de su padre, y dos segundos después se levantó rígido, terrible...; cogió la pistola aún caliente con que el Duque había muerto á Barrientos, y echando al cadáver una larga mirada, desapareció.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO

## LIBRO TERCERO

### EL VENGADOR DE SU PADRE

En medio de un jardín yérguese altiva,  
en riquísimo mármol cincelada,  
la figura de un dios, de ojos serenos,  
cabeza varonil y formas clásicas.

En el invierno, la punzante nieve  
y el viento azotan la soberbia estatua;  
pero ésta, en su actitud noble y severa,  
sigue en su pedestal, augusta, impávida.

En primavera, el áureo sol le ofrece  
un manto de brocado; las arpadas  
aves con sus endechas le saludan;  
los árboles le tejen con sus ramas  
verde dosel; el cristalino estanque  
la refleja en sus ondas azuladas,  
y los astros colocan en su frente  
una diadema de bruñida plata;  
mas la soberbia estatua está en su puesto  
sin cambiar la actitud ni la mirada.

(M. R.)

## I

La caída de una bella tarde de Junio había sucedido á un día largo y caluroso. Al lado de una ventana baja que entoldaba un hermoso rosal trepador, se hallaba sentado en una cómoda butaca el Duque de Medellín, cuyo brazo en cabestrillo, sujeto con una funda de charol negro, decía que la rotura de la bala que le había herido no estaba aún cicatrizada.

De las rosas amarillas que esmaltaban la hermosa planta, descansaban algunas sobre los negros cabellos del Duque, que ya matizaban varias hebras de plata; su palidez era grande; estaba desmejorado, envejecido, y sus ojos se hallaban cerrados pesadamente.

¡Cosa extraña! Aquella criatura humilde que se hallaba mezclada á su vida; aquel hijo de los campos que había sido la víctima noble y desgraciada de sus pasiones, había cambiado todos los horizontes de su vida con la admiración que le inspirara. Comparando su escepticismo con la piedad cristiana de Barrientos, su generosidad con su egoísmo, su vida pura é intachable con la suya estéril y vacía, el Duque, cuyos instintos eran

nobles, se sentía envilecido y envidiaba todos los tormentos y todas las decepciones de su víctima. Desde que le había tendido moribundo á sus pies, un remordimiento terrible le devoraba. ¿Por qué no habría tirado al aire? ¿Qué instinto vil é involuntario de la propia conservación había guiado su mano? ¿Por qué aquel hombre generoso no vivía para sus hijos? Barrientos había sido para Inés un padre tierno y cariñoso, ¡y él había dejado en la orfandad y en la pobreza á los hijos de aquel hombre sublime! ¿En la pobreza? ¡No! Toda su fortuna, ó por lo menos una gran parte de ella, sería para los huérfanos...; lo quería, lo necesitaba para poder vivir...

Otro pensamiento cruel se mezclaba á estos tristísimos pensamientos. Tomás le había perdonado la vida con una generosidad inaudita; podía haberle apuntado á la cabeza, pudo matarle, y sólo quiso herirle... No, no podía venir la muerte de aquel ser heroico, de aquella noble mano, siempre ocupada en esparcir el bien. ¿De qué modo pagar á los huérfanos la tremenda deuda contraída? ¿Los haría conducir á su casa? Gonzalo tenía ya cerca de once años, y jamás consentiría en entrar en la casa del asesino de su padre. ¿Llevárselos á su abuelo? Un idiotismo completo había reemplazado á su dolorosa misantropía desde el instante en que supo la muerte de Barrientos; el anciano había dejado de pensar, y por consiguiente de existir... Las fibras de aquel corazón, demasiado tensas

desde hacía muchos años, se habían roto. Sólo había en su cerebro una idea fija que le martillaba: no ver nunca, jamás, jamás, á su hija, ni á sus nietos porque eran hijos de Alicia. Algunas veces, en el silencio de la noche, llamaba á Barrientos y le gritaba que viniese á buscar á sus hijos y se los llevase á los dominios de la muerte; y cuando veía que no llegaba, decía con voz sorda:

—Si vienen aquí, yo se los enviaré á usted, porque los ahogaré entre mis manos...

No era, pues, posible entregar los niños á su abuelo, al que se pensaba ya en encerrar en un manicomio. ¿Y qué iba á ser de las desgraciadas criaturas? Alicia no los quería al lado suyo; pasaba su luto en casa de su amiga Clarisa, y los niños se hallaban entregados al capellán, que no sabía de qué modo sostener aquella casa arruinada.

Sumergido se hallaba en un mar de pensamientos, á cual más tristes, cuando sonó la campana del portero anunciando una visita; poco después entreabrió los pliegues de la *portier* su ayuda de cámara, y anunció á media voz:

—La señora Baronesa y la señorita Cecilia.

Y tras el anuncio entraron en la estancia Clarisa y su dama de compañía.

Venía la primera ataviada con el lujo dispendioso que era como su elemento; Cecilia llevaba el mismo traje negro con que la hemos conocido. Clarisa ocupó un sillón que le acercó el criado, y Cecilia tomó una silla.

Las facciones de la dama de compañía respiraban una gran tristeza, contenida en su expresión por una fuerte voluntad; cuando algunos momentos se distraía, una contracción dolorosa aproximaba sus cejas y formaba un pliegue á cada lado de su boca: los rasgos juveniles de aquella fisonomía encantadora dejaban el sitio á los de una vejez anticipada por crueles horas de dolor.

Cecilia llevaba dos meses desempeñando su cargo en una casa cuyo desorden le era insoponible, y aún no había recibido la más leve recompensa pecuniaria, abrigando la convicción de que nunca llegaría á recibirla.

La situación de la Baronesa era, como todas las de las aventureras, en algunas épocas, de una estrechez aflictiva; todos sus recursos, como de mala ley, le faltaban algunas veces. La generosidad de Alicia no era excesiva, porque su manso egoísmo estaba en completa oposición con toda demostración de generosidad; y, además, la generosidad allí no servía de nada para levantar una posición falsa y cuya base era una arruinada fortuna y el nombre del imbécil Barón de Lartiga.

—Alicia tiene hoy una gran jaqueca—dijo Clarisa;—vendrá á la noche.

—¿Hay noticias de Alcalá?—preguntó ansiosamente el Duque á la Baronesa.

—Sí; esta mañana hubo carta del capellán.

—¿Qué dice?

—Don Lorenzo está lo mismo: hecho un idiota

á ratos, y otros atacado de una locura furiosa. El cura no se atreve á hacer la prueba de enviarle á los niños, ni á llevárselos él.

—Y éstos, ¿qué hacen?

—¿Los pequeños?

—Sí...; ¿qué hacen allí?

—Pues lo que es de suponer: dar guerra al cura y á las dos viejas. Alicia no ha querido leer la carta, y ha hecho bien; todos los días dicen lo mismo...: quejas, lamentaciones, y nada más; el capellán pide que vaya Alicia; ¡como si ella pensara en tal cosa!

—¡Pero eso es inicuo!—exclamó Fabián incorporándose violentamente.—¿Va á morir de hambre esa familia?

—Si es su gusto... ¿No ha enviado usted fondos al capellán y los ha devuelto?

—¡Y ha hecho bien!...

—¿No ha remitido Alicia una cantidad y la ha devuelto también?

—Y ha hecho bien; ese digno sacerdote supone que procede de mí..., es decir, del deshonor de la madre y del asesinato del padre.

—Pues entonces—repuso bruscamente la irlandesa,—que haga ese cura escrupuloso lo que dice en su carta de hoy: —«Me pondré á pedir limosna—escribe—á la puerta de la iglesia parroquial del pueblo, para los hijos del honrado don Tomás Barrientos, arruinados por su madre, y nadie me la negará.»

El Duque guardó un doloroso silencio.

—Son situaciones sin salida—añadió la Baronesa, impacientada con sus propios pensamientos,—y yo me tomo unos cuidados que me fatigan y que nadie me agradece. Alicia es tan egoísta, que no se toma el trabajo ni aun de pensar en sus hijos, y allí lo urgente es enviar una persona, una mujer que lleve algún dinero para las primeras necesidades, que cuide al abuelo y que lo humanice..., porque, según dicen, está hecho un idiota ó un furioso.

Cecilia, pesarosa de tener que enterarse de estas dolorosas intimidades de familia, se había retirado á un extremo de la habitación, aproximándose á un balcón abierto: desde allí veía pasar los coches del paseo y las familias que iban á pie bajo los árboles, precedidas de hermosos niños; aquel espectáculo le hacía sentir más profundamente su soledad y la sensación de vacío y de abandono que la poseía desde que había entrado para ejercer su cargo en aquella casa sin orden ni respetabilidad, donde ni trabajo había que desempeñar; el tiempo la abrumaba, porque no encontraba en qué emplearlo, y podía decir como el poeta moderno:

«Desde que al tiempo no mato,  
el tiempo me mata á mí».

.....  
No creas, lector mío, que yo he tratado de

pintar en Cecilia Bustamante un tipo sublime y del todo distinto de la generalidad de las mujeres; si hay en ella alguna sublimidad, nacerá de su misma sencillez y virtud; este retrato está sacado del natural, y tiene muchos semejantes y tendrá cada día mayor número. Era una criatura educada en sólidos principios de virtud y de piedad cristiana, que se había dedicado al trabajo asiduo y mortificante de una servidumbre más dura, bajo sus formas cultas y distinguidas, que la que se encomienda á las gentes más rudas; á fuerza de hacer la voluntad ajena, Cecilia había abdicado la suya por completo; había llegado sin casarse á los treinta años, porque en el círculo estrecho en que vivía, pocos hombres se le habían dirigido, y los que lo habían hecho no habían sido de su agrado, porque tenía un gusto puro y distinguido casi hasta la exageración.

Al oír hablar del abandono de la noble casa de los Barrientos, su corazón, ya conmovido de muchos días por la dolorosa historia del duelo y de la muerte de Tomás, se oprimió de pena; la terrible urdimbre de los amores de Alicia y del Duque la horrorizaba: aquélla inspiraba á su espíritu recto y honrado una antipatía profunda; el Duque le parecía un hombre alucinado y arrepentido, débil para el bien y haciendo el mal sin pasión y sin ventaja alguna personal. Las grandes relaciones de Fabián habían echado un tupido velo sobre la siniestra historia de su duelo, y el

Duque, según se decía, se hallaba recluso en su casa por haberse roto un brazo de la caída de un caballo en una expedición cinegética.

Clarisa era la que había ido, venido, escrito cartas, recibido y visitado personajes, ya sola, ya acompañada por Alicia, que al mes de enterrado su marido había tenido el cinismo de presentarse en el salón de la Baronesa una noche en que había un juego rabioso. El traje de luto de lana mate y crepón la hermoseaba más que las galas más suntuosas; por toda la despreciable asamblea corrió un murmullo de admiración. Alicia, al oírlo, se dijo que antes de seis meses sería la belleza más adorada de Madrid, la más celebrada y la más opulenta.

Pero lo que despertaba tan locas ambiciones y tan ansiosas esperanzas de goces en aquellos corazones venales, sublevaba de asco y de horror el noble corazón de Cecilia; la atmósfera de la casa de Clarisa la sofocaba: aquel marido imbécil y vicioso, cómplice de todas las farsas de su mujer; aquella extranjera intrigante, tramposa, embustera, que vivía de préstamos y de exacciones; aquellos criados que no pagaba nadie, y que robaban con la tolerancia de sus amos; aquel desorden, donde abundaba todo lo superfluo y se carecía de todo lo necesario, formaba una atmósfera que ahogaba á la pobre, á la modesta Cecilia, tan amante del orden, tan laboriosa, tan sencilla en sus gustos y tan noblemente delicada en el cumplimiento de su deber.

—¡Una casa pobre! ¡un anciano sacerdote! ¡unos niños huérfanos y desvalidos! ¡unos criados leales y viejos! ¡Qué dulce y sana atmósfera! ¡Cómo podría ella trabajar allí, arreglar, consolar á todos! ¡Cómo podría amar y educar á los niños! Y además de todo esto, allí estaba don Lorenzo Valenzuela, el anciano amigo de la Marquesa, que la conocía, al que haría compañía algunas horas, porque al viejo banquero le gustaba mucho oírle cantar acompañándose con el piano; le gustaba cómo le hacía el café aparte de los demás, porque le quería más fuerte, y se pasaba á veces mucho rato recostado en un sillón oyéndola leer cuando lo hacía en voz alta á la Marquesa...

—Señora Baronesa, si usted me cree capaz de valer para algo en Alcalá, puedo ir yo á cuidar de los niños por ahora—dijo tímidamente Cecilia, dejándose llevar de un impulso repentino de compasión y de ternura.

—¡Cómo, señorita!—exclamó el Duque, cuya pálida fisonomía se iluminó con un rayo de gozo.

—¿Usted iría?

—Con mucho gusto: ¡me dan tanta pena esos niños abandonados...!

—Y á mí también—dijo Clarisa.—¡Pobrecitos! nadie los cuidará como usted. Pero es el caso, querida Cecilia, que hay que llevar dinero...; la casa está por tierra; no hay qué comer si quiera.

—Sólo necesito llevar el sueldo de estos dos

meses que he pasado en su casa de usted, señora Baronesa; nada más.

—Tendrá usted su dinero; pero eso no tiene que ver nada con esa familia... Yo pediré á la señora de Barrientos...; es muy justo que dé...

—No nos ocupemos de la cuestión material—dijo el Duque, que se había reanimado;—lo esencial es ir á cuidar á esas pobres criaturas.

Cecilia miró fríamente al Duque y dijo con acento grave:

—No iré á desempeñar un cargo que es para mí muy halagüeño, si ustedes se empeñan en que admita una sola moneda aparte de las de mi sueldo. Suplico á usted, señora Baronesa, que recuerde quién me recomendó á usted.

—Valenzuela. ¿Y qué?

—Mi respetable amigo el señor Valenzuela es el abuelo de los niños.

—¿Y qué?

—El señor Valenzuela se encargará dentro de breve tiempo de sus nietos.

—¡Oh!; si usted consiguiera eso—exclamó la irlandesa,—¡qué descanso para Alicia...!

—Es usted un ángel, señorita—murmuró el Duque;—y si sale bien en tan ardua empresa...

—Tengo fe y esperanza en Dios—respondió sonriendo Cecilia; y bajó los ojos ruborizada ante la expresión de ardiente gratitud que brillaba en los ojos de Fabián.

—¡Qué descanso, Dios mío!—se dijo Clarisa.—

Se va, y yo salgo de la presión en que estaba con la presencia de esta mujer. ¡Qué estorbo para todo!; ¡qué gasto tan inútil! Las señoritas de compañía son para las casas donde hay orden, es decir, para las casas donde hay haberes fijos, donde hay familia constituída, donde hay hogar con el tibio calor del nido; pero yo, hija de las calles; yo, aventurera, farsante, pobre y embustera, ¿para qué quiero en mi agitada vida á este ser honrado y compungido, que se asusta de cuanto ve y oye, y que protesta de todo con su silencio? Yo lo que necesito es una vieja que me obedezca como una máquina, ó una chiquilla viva y desvergonzada que me ayude en mis empresas; el Duque ó Alicia me darán doscientas cincuenta pesetas para esa mozigata, y que vaya á enterrarse en el caserón de los Barrientos.

## II

Cecilia encontró en la estación al anciano don Pablo, el capellán de la casa, que la esperaba con el carruajillo que servía para las excursiones del cura á Sevilla y para las de la vieja Blasa, la nodriza de Tomás, cuando iba á hacer compras á la ciudad; pero ¡ay! para este objeto hacía ya largo tiempo que el carricoche no se usaba, porque nada se compraba, en la antes opulenta casa de los Barrientos; la miseria, la terrible miseria había sustituido á la abundancia y á la alegría. Caído el solo y más poderoso sostén de aquella gran fortuna, la ruina había llegado silenciosa y fatídica y se había sentado á la puerta de la antigua vivienda.

Catalina, la nodriza de los niños, desesperada al verles pasar tanta necesidad, había buscado una casa para servir en el mismo pueblo de Alcalá de Guadaira, y el mezquino salario que le daban lo entregaba íntegro á Blasa para que remediase las urgencias más perentorias; el capellán decía algunas misas por encargo de los fieles del pueblo, los más pobres, que le pagaban con



una peseta, y cuantas pesetas cobraba eran también religiosamente entregadas á la vieja Blasa.

—¡Por Dios, que no les falte á los pobres pequeños á lo menos una sopa caliente!—decía el bueno de don Pablo á Blasa.

—Pero, señor, ¿por qué ha devuelto usted la libranza que su madre ha enviado á los niños?—preguntó un día Blasa.—Ella tiene dinero... y éste no tiene color, venga de donde venga.

—Ella no tiene nada—repuso severamente el capellán;—todo lo que tenía su marido, lo ha gastado, y los niños no tienen materialmente qué comer. Lo que esa mujer pueda poseer, nada nos importa, y los nietos de mi amigo don Pedro Barrientos no comerán el pan de la infamia mientras yo viva.

—¡Pues entonces, de Dios nos venga el remedio!—murmuró Blasa desconsolada.

—Y de Dios nos vendrá, no lo dude usted; porque pasado mañana, domingo, me llevará usted á la puerta parroquial una mesa y una bandeja que colocará encima sobre el viejo tapete de damasco encarnado; y cuando la gente empiece á entrar á misa, diré yo lo siguiente:

«—¡Una limosna por Dios, para los hijos de don Tomás Barrientos!»

—¡Eso hará usted, señor!

—Como lo digo, Blasa: ya no nos queda otro remedio honrado.

—Más vale vender los muebles.

—Ni una silla. Gonzalo y Eva tendrán la casa de sus abuelos tal como su padre la ha dejado al morir.

—Pero ¿y ese otro abuelo millonario?

—Ya sabe usted que no se da cuenta de lo que hace ni de lo que pasa.

—¿Y quién se lo hace saber, loco según está?

—Yo he probado ya á despertar su razón, y no lo he conseguido; las nubes del idiotismo van dejando lugar á las negras sombras de la locura; sólo Dios puede hacer un milagro: ¡esperemos en su misericordia...!

—Y entretanto, esa infame mujer en Madrid viviendo como una princesa...

—No pensemos en ella, Blasa. Dios la juzgará, y quizá le dará un terrible castigo.

—Favorecían también á los dos pobres niños las hijas del Barón de Lartiga, olvidadas en el pueblo y sujetas á una vida llena de escaseces y de privaciones; pero de lo que cogía en la huerta de su vieja casa, algunas frutas, algunas legumbres, alguna gallina de vez en cuando iba al palacio cortijo para los niños: las solteronas los adoraban. Elvira había trasladado á ellos el apasionado amor que había dedicado á su madre, la infeliz Baronesa de Lartiga, aquel amor que le había hecho renunciar al matrimonio; Isabel les idolatraba también, pues toda su vida había adorado en silencio al padre de los dos inocentes. Cuando supo la muerte de Barrientos, cayó peligrosamen-

te enferma, y desde que pudo pensar la ocupaba una idea fija: traer el cadáver de su querido Tomás al cementerio de Alcalá, para poder rezar sobre aquella tumba adorada y cubrirla de flores.

Muchas veces las dos solteronas habían rogado al capellán que les dejase á los niños y que ellas los cuidarían en su casa.

—No, hijas mías, no—había contestado el anciano;—los hijos de Tomás Barrientos no pueden dejar su casa solariega.

—Papá nos escribe—dijo un día la vetusta Elvira con su voz ya cascada, pero aún melodiosa—que Alicia se ha consolado ya; está escandalizado, y tanto como antes le gustaba, parece serle ahora antipática.

—El reinado del mal es de corta duración—observó sentenciosamente Isabel, que ya frisaba en los cuarenta y cinco años, y cuyo carácter alegre se había vuelto desde la muerte de Barrientos profundamente triste y silencioso.

El mismo día en que el capellán había manifestado su propósito de implorar la caridad pública en la puerta de la iglesia, y cuando á eso de las once de la mañana se ocupaba en dar lección de escribir á Eva, entraron en el gran comedor las dos señoritas de Lartiga con aire muy preocupado.

—Papá nos escribe—dijo Isabel—una cosa muy extraña: vea usted, don Pablo.

El capellán tomó la carta que le presentaban, y leyó á media voz:

«Mis queridas hijas: Mañana llegará á ésa, para encargarse de la casa de Barrientos y del cuidado de sus pobres niños, una apreciable y simpática joven que la Baronesa tomó como dama de compañía, y que nada ha hecho aquí más que padecer soledad y tristeza; al oír decir que la casa de Barrientos está arruinada y los niños solos, se ha brindado á ir á poner en ésa un poco de orden; y mi mujer, que no sabía cómo quitársela de delante, la envía de muy buena gana. Es conocida del banquero Valenzuela, que la recomendó á la Baronesa. La señorita en cuestión debe llegar mañana, y se llama doña Cecilia Bustamante; ya no es muy joven, pero es muy distinguida, muy sencilla y muy atractiva. Id á recibirla, y acompañadla á casa de Barrientos. Como fué amiga de don Lorenzo cuando éste tenía juicio, no creo imposible el que consiga algo en favor de los niños, pues ella tiene mucho talento y mucho corazón.

«Aquí todo de mal en peor: el dinero ha llegado á ser tan escaso, que no sé lo que haremos. La señora de Barrientos me parece que empieza á mirarnos con mucho desdén; ahora se cree ya próxima á ser Duquesa, y ¿quién sabe?: cosas más raras que ésta se ven todos los días. Lo que es cierto es que yo la detesto hace ya tiempo, tanto como la admiré á su llegada á ese pueblo. ¡Qué bonita era

entonces, y qué buena parecía!; y hoy lo parece también, y todo el que no la trata de cerca se imagina que es un ángel; pero si se piensa en que ha sido la causa de la muerte de su marido, en que detesta á sus hijos y en que ella arregló mi casamiento, hay para aborrecerla de muerte: yo le echo la culpa de todas mis horas tristes, que no son pocas. ¡Ay, hijas mías, cuánto me acuerdo de vosotras! Mi mujer creo que me odia y que preferiría á que yo fuese su marido, el ser Baronesa viuda...

»En fin, ¡sea lo que Dios quiera!; ya voy estando muy viejo, y el día que me vea muy solo y triste, me vuelvo con vosotras, que ya sé yo me recibiréis con verdadera alegría.

»Vuestro padre que os abraza,

EL BARÓN DE LARTIGA.»

—Una repentina indisposición de Isabel nos impedirá ir á la estación—dijo Elvira;—y además, tenemos algo de reparo de ver así de repente á esa elegante señorita...

—Sí—añadió Isabel;—á mí también me da como vergüenza...

—¡Qué niñas sois!—exclamó la vieja Blasa, que las había visto nacer.—¡Como si esa señorita se comiera á la gentel!

—Dicen que es distinguida, y será elegante...; nosotras vamos tan mal con estos vestidos viejos

de color café... Vendremos á verla por la noche, si le parece á don Pablo...

—Haced lo que queráis, hijas mías—dijo el capellán.—Yo iré á buscar á esa señora; pero venid pronto á verla, porque como aquí no hay más mujer que Blasa, ella se hallará mal y yo lo sentiré mucho.

Convenido esto, el capellán fué el sábado á esperar á la viajera, encargando á Blasa que para el día siguiente, á las nueve, estuviera puesta á la puerta de la iglesia parroquial la mesa cubierta con el tapete de seda y la bandeja encima de la mesa.

—Y un sillón delante para que usted se siente.

—No, Blasa, no: el que pide ha de ser humilde; yo estaré en pie y con la cabeza descubierta: así debe ser.

—¿Pero qué pondré hoy para comer? La forastera estará acostumbrada á la buena mesa...

—Veremos cuando yo vuelva; no hay que apurarse, que Dios proveerá.

Don Pablo salió para la estación, después de haber cepillado muy bien su viejo manto y su sombrero de teja, que ya tenía un tinte rojo; así que llegó, se puso á pasear lentamente, tardando poco en llegar el tren; venía poca gente, y al ver cruzar por delante de él una mujer joven, esbelta y elegante, el capellán tuvo una intuición repentina: aquella mujer debía ser el aya futura de los niños.

—Una palabra, señora—le dijo saliéndole al encuentro:—¿es usted doña Cecilia Bustamante?

—La misma, señor capellán—contestó respetuosamente Cecilia;—¿y usted se llama don Pablo?

—Ciertamente.

La joven miró en derredor suyo como buscando algo que esperaba hallar.

—No han venido las señoritas de Lartiga—dijo el anciano, contestando á aquella mirada;—pero irán pronto á verla á casa.

—Entonces, cuando usted guste podemos salir de aquí—observó Cecilia.

—Es el caso que no hay coche en casa, porque el solo que queda es tan feo, que no me atreví á traerlo.

—Vamos á pie: la tarde está hermosa, y la campiña debe serlo también.

—Pero está lejos...

—No importa: estoy acostumbrada á andar, señor don Pablo. Vamos, para ver pronto á los niños.

Algunos minutos después, el buen anciano estaba identificado con Cecilia, y ésta respiraba con libertad, después de dos meses de opresión y de fatiga moral. El aire del campo, los perfumes acres de la tierra y de los árboles, la extensión del luminoso cielo, hacían sentir á la pobre Cecilia un bienestar indecible; le parecía que allí, en medio de la Naturaleza, era menos desdichada, porque veía más cerca á Dios que en aquel gabinete lóbrego Madrid, cuya ventana se abría á un

patio obscuro, y que estaba amueblado con el lujo venal de las fondas.

—¡Ah, señorita!—exclamó el capellán;—¡qué mal va usted á encontrar la casa! todo desarreglado, todo roto... ¡Si la hubiera usted visto en otro tiempo! Pero hoy las cosas han cambiado de una manera muy triste...

—Dios mejorará sus horas, padre mío... ¿Y mi amigo don Lorenzo? ¿Querrá usted acompañarme á visitarle mañana?

—Ciertamente; pero como está en tal estado...

—¿Y quién le cuida?

—Sus criados y dos monjas de la Caridad.

—Iremos á verle con el niño.

Cuando llegaron á la casa, un delicioso olor de asado sorprendió el olfato del cura: las señoritas de Lartiga habían enviado una gallina en honor de la forastera, y la vieja Blasa la estaba dorando á la lumbre: esto y una sopa de coles con tocino componía toda la comida.

La cocinera esperaba con los dos niños á la puerta de la casa la llegada de aquella señora, á la que temía bastante porque tenía que recibirla con una pobreza que podía ofenderla mucho si era rica y delicada; pero á la primera mirada que fijó en ella, se disiparon todos sus temores. Desde lo más lejos que avisada por el cura pudo distinguirlos, Cecilia les saludó con el pañuelo; el cura hizo señas con la mano á los niños para que se acercaran.

Los dos pobrecitos echaron á correr, y llenos de cortedad ante Cecilia, se asieron de las manos del capellán; la joven se detuvo, se inclinó y besó en la frente á cada uno de los niños, con lágrimas en los ojos.

Quedándose después con cada una de sus manos entre las suyas, les dijo con dulce acento:

—Yo soy Cecilia, vuestra amiga, que viene á cuidaros y que os querrá mucho si sois buenos.

—Buenos somos—dijo ásperamente Gonzalo, desprendiendo su mano, que por lo robusta y nerviosa contrastaba con las delicadas de Eva.—Buenos somos; y si no, que lo diga don Pablo.

—Éste es un poco fiero—dijo sonriendo el anciano, al tiempo de trasponer el umbral de la casa. Blasa saludó á Cecilia, que le alargó cordialmente la mano.

—Ya sé que esta señora es el ángel bueno de la casa—dijo la joven volviéndose al capellán;—como que es casi la abuela de Gonzalo y de su hermanita, puesto que ha criado á su padre y como tal les quiere.

—Muy bien informada viene usted, señorita—observó Blasa, muy halagada con aquellas palabras.

—Me ha informado el señor Barón de Lartiga, amiga mía, que sabe los tesoros de virtud y de bondad que encierra esta casa.

—¡Á la mesa!—dijo Blasa.—Venga usted, y le enseñaré su cuarto, señorita; por ahora la he co-

locado en el piso bajo, y luego la cambiaremos donde usted guste, que grande es la casa.

Cecilia entró en una salita cuya gran ventana caía al campo: una cama de hierro, una mesa, una cómoda vieja y dos sillas componían todo su mueblaje. La joven se lavó, arregló un poco sus cabellos y salió para sentarse á la mesa; el capellán dió la bendición, y la comida tuvo lugar, con más apetito por parte de Cecilia del que experimentaba hacía algunos meses.

Después de un rato de conversación con el capellán, Brígida y Gonzalo, Cecilia se preparaba á retirarse á su cuarto, cuando llamaron á la puerta, y las señoritas de Lartiga entraron en el comedor. Cecilia se adelantó á su encuentro y les tendió sus manos, que las solteronas tomaron con no poca timidez; pero Cecilia, con su dulce sonrisa, las tranquilizó en breve.

—Ya conozco á ustedes—les dijo,—y sé que son muy buenas. Mírenme como á la mejor de sus amigas.

—Sí, sí; como nosotras lo somos de usted. Disponga de nosotras. La acompañaremos, la ayudaremos á cuidar de los niños... ¡Ay!; ¡ojalá pudiéramos...!

Y la suave Elvira se detuvo, no sabiendo cómo acabar de formular su pensamiento.

—Una buena voluntad puede mucho—repuso Cecilia con acento afectuoso.—Verán ustedes qué bien nos hallamos aquí.

—Mi hermana quiere decir—observó Isabel— que le causa mucha pena el no poder remediar el mal más terrible de esta casa. Materialmente no tienen qué comer el señor cura, el ama de gobierno y los niños... Vea usted: llega la miseria hasta el extremo de que mañana domingo el capellán va á pedir limosna en la puerta de la iglesia para los hijos de Barrientos.

—¡Eso no será!; ¡eso no puede ser!—exclamó Cecilia con voz llena de lágrimas.—Aquí traigo un poco de dinero: dos meses de mis honorarios de dama de compañía; están completos, excepto la parte que he dejado á mi familia. Yo entregaré ese dinero al señor cura, hasta que pueda convencer á don Lorenzo de que debe cuidar de sus nietos...

—¡Ay, amiga mía! El señor cura no querrá admitir el dinero de usted.

—¿Por qué? Es mío y lo he ganado...

—Pero su delicadeza llega á un extremo riguroso: no le ofrezca ese dinero, porque no lo admitirá.

Cecilia guardó silencio y no insistió más; pero permaneció silenciosa y meditabunda.

Las señoritas de Lartiga se despidieron poco después, renovando sus cordiales ofrecimientos, y cada uno en casa de Barrientos fué á buscar en el sueño un reposo que no siempre se encuentra cuando el alma está combatida por el huracán del dolor.

Á las nueve de la mañana siguiente, las campanas de la iglesia parroquial de Alcalá de Guadaira llamaban con sus alegres sonos á la misa mayor. El viejo capellán, vestido con una sotana llena de remiendos, pero acepillada y limpia, se hallaba al lado de una mesa colocada en el atrio del vetusto templo: cubría esta mesa un tapete de seda encarnada descolorido por el tiempo, y sobre ella se veía una bandeja pequeña de plata antigua.

Dos aldeanas llegaron las primeras, y don Pablo dijo con voz triste y grave:

—¡Una limosna por Dios, para los hijos de don Tomás Barrientos...!

Las dos mujeres se detuvieron como asustadas y sorprendidas; en seguida una de ellas llevó á los ojos la punta de su mantilla; la otra metió apresuradamente la mano en el bolsillo y echó en la bandeja algunas monedas de cobre.

—¡Dios se lo pague á ustedes!—dijo el capellán.

Poco á poco la gente del pueblo acudía á la iglesia. Algunas personas, después de depositar en la bandeja su modesto óbolo, se alejaban sin entrar en la iglesia é iban á contar la grande y dolorosa noticia. ¡Se pedía limosna para los hijos de Barrientos!; ¡y la pedía el buen sacerdote, el amigo de los pobres, el venerable anciano don Pablo! ¡Luego era verdad! ¡Los hijos del noble, del rico, del generoso y opulento Barrientos pedían el pan de la caridad! ¡Su infame madre los había reduci-

do á tal extremo! ¡Oh!; ¡era menester socorrer á los pobres niños, al capellán, á la vieja Blasa! ¡Sí: era una obligación, más que una caridad! Los Barrientos, de padres á hijos, habían sido la providencia de Alcalá; habían sido la constante intervención entre Dios y las miserias del pueblo. Era preciso que todos pagasen su deuda de gratitud.

Poco á poco primero; y después en grandes grupos, todos los vecinos acudieron con su ofrenda: las familias pudientes depositaban monedas de plata, y alguno hubo que echó en la bandeja billetes de Banco; y ¡cosa extraña! á nadie se le ocurrió pensar que aquella bandeja de plata y otras muchas que había en la casa se podían haber vendido antes de demandar la caridad pública. No; la casa de Barrientos era un sagrado para Alcalá, y desmembrarla en lo más mínimo hubiera sido un sacrilegio en la opinión de todos.

De repente, la voz del cura se debilitó y quedó casi apagada al decir á uno de los más ricos vecinos del pueblo: «¡Dios se lo pague á usted!» Se acercaban á la iglesia la joven llegada el día anterior y los dos niños para quienes se imploraba la caridad pública. Cecilia venía con paso tranquilo é igual, llevando de la mano á Eva y á Gonzalo; el capellán suspendió su demanda hasta que entrasen en el templo. Pero Cecilia se detuvo, sacó de su bolsillo un portamonedas de piel oscura, y vació en la bandeja su contenido: había treinta duros; al ver la bandeja casi llena, su tris-

te semblante se iluminó con una expresión de alegría.

—Hija mía—le dijo don Pablo á media voz,—no es necesario tan gran sacrificio de parte de usted: la caridad ha sido fecunda.

—No rehuse usted la mía, señor—dijo la joven;—ese dinero no puede emplearse de otro modo; sólo la caridad puede purificarlo.

En aquel instante, un hombre anciano, con traje negro, con el cabello blanco y vestido como las personas acomodadas, pero de posición modesta, llegó apresuradamente á la puerta de la iglesia.

—¿Qué me han dicho, señor capellán?—exclamó dirigiéndose al anciano;—¿que usted implora la caridad para los nietos de mi amo?

—Esa es la verdad—contestó el sacerdote.

—Pues yo, Francisco Sánchez, mayordomo de don Lorenzo Valenzuela, atacado de demencia, traigo bajo mi responsabilidad, no un socorro para sus nietos, sino una cantidad bastante para ponerlos por hoy al abrigo de la miseria. Aquí hay dos mil duros; son de los niños, y cuando mi amo se encuentre en estado de saber lo que hago, sé que lo aprobará. Señor capellán, que cada uno recoja su donativo. Gonzalo y Eva Barrientos y Valenzuela son muy ricos, y por la gracia de Dios pueden seguir siendo caritativos como su padre y abuelos.

Y el buen mayordomo, después de dejar sobre la mesa una bolsita, á través de cuyas mallas de seda brillaban las monedas de oro, tomó á cada

uno de los niños en uno de sus brazos y se alejó, seguido de Cecilia, en dirección á la gran casa que á las puertas de Alcalá se había comprado para trasladar á ella á don Lorenzo Valenzuela, por creerla los médicos más propia para su curación que el suntuoso palacio que habitaba en Sevilla.

### III

—¡Francisco, por Dios, no lleve usted ahora á los niños á la presencia de su abuelo!—dijo Cecilia al llegar á la salida del pueblo y frente á la bella casa habitada por don Lorenzo.

—No, no los llevo, señorita; antes es preciso que usted le vea y le prepare. ¿Tendrá usted miedo?

—Creo que no, Francisco.

—También yo lo creo: ya hace años que la conozco á usted, y sé lo que vale... La que ha batallado con el genio de la señora Marquesa, no se asusta de nada. Mi pobre señor está pacífico, y su locura hoy, aunque muy triste, es tranquila. Yo creo que usted le calmará, porque la quería mucho.

—Francisco, hoy ha hecho usted una acción noble y generosa—dijo Cecilia tendiendo al mayordomo su pequeña mano;—quizá el dinero que usted ha dado para los niños son sus ahorros..., ¿verdad?

—No, señorita; el señor me daba para los gastos imprevistos cantidades crecidas: de las sumas



que guardaba en mi poder, he tomado esos dos mil duros, y creo que al señor, cuando lo sepa, le parecerá bien.

—Yo estoy segura de que aprobará la conducta de usted, porque es muy bueno.

—¡Ah, señorita! ¡excelente! ¡Mas el pobre señor ha sufrido tanto!... Pero vamos un poco al jardín, señorita: lo mismo usted que los niños almorzarán en él. Todo mi afán era separarlos á ellos y á usted de aquella bandeja, de aquel espectáculo tan triste... ¡Pero qué firmeza y qué virtud la del señor capellán!; ¡ni admitir nada de la madre, ni vender una silla de la casa, y antes que eso implorar la caridad de las buenas almas...!

—La conducta del señor capellán es heroica— dijo Cecilia con voz conmovida, —y la de usted es también muy laudable. ¡Ah, Francisco!; ¡gracias al cielo, me hallo entre gentes cuyo corazón es sano y cuyos sentimientos son honrados! En aquella casa me ahogaba... ¿De qué conocería don Lorenzo á la Baronesa?

—La conoció en casa de don Tomás Barrientos, donde estuvo algún tiempo de profesora de música y dama de compañía de su señora..., de la madre de los niños, y antes en Barcelona en casa de la Marquesa de\*\*\*.

—¿Y era soltera entonces?

—Viuda, según ella decía; y aquí conquistó, para casarse con él, á ese pobre Barón.

—Yo creo que no está muy lejano el día en

que su mujer le abandone y le deje sin recurso alguno; entonces se volverá al lado de sus hijas.

—Pero es que la casa está llena de deudas y la Baronesa no puede pagarlas.

—Ni el Barón tampoco: ¡qué desdichada vejez!

—Y sus hijas ¿de qué viven?

—De poco más de nada. ¡Ah, señorita Cecilia, son unas santas! Á pesar de su estrechez y de no comer otra cosa que lo que sus tierrecillas producen, aún hallan medio de hacer mucho bien; resignadas, contentas de sí mismas y de los demás, jamás se les oye una queja; nunca envidian nada ni á nadie. El día que su padre vuelva abandonado por su mujer, tendrá un cariñoso refugio en el corazón de sus hijas.

En tanto que tenía lugar esta conversación, Eva y Gonzalo corrían por el jardín, y una criada ponía la mesa para el almuerzo. Los niños parecían transfigurados: á cada instante venían á enseñar á Cecilia una flor, una hoja rara, una mariposilla. Cecilia les escuchaba, les respondía, les explicaba el nombre de sus hallazgos; porque la joven tenía nociones bastante extensas de muchas cosas, entre ellas de botánica.

El almuerzo fué ligero, pero alegre. Cecilia se informó del estado de don Lorenzo: la insensibilidad, la profunda apatía en que le había sumergido la muerte de Barrientos, iba dejando paso á un trastorno mental, doloroso de ver, pero que era menos peligroso que el idiotismo, porque éste no

se cura y la demencia sí; algunas veces se ponía furioso, maldecía á su mujer y á su hija; otras se quejaba de su amarga soledad, llamaba á Sofía, le aseguraba que aunque culpable, no había dejado nunca de amarla, y le pedía á su hija, á su Alicia, á lo que más amaba en el mundo; y un instante después la maldecía, exclamaba que era tan mala como su madre, la llamaba con los nombres más duros y más infamantes, y profería las más furiosas imprecaciones.

—Mañana le veré—dijo Cecilia, tristemente impresionada por este relato;—y cuando después de haberle preparado para ello vea á sus nietos, es seguro que hallará algún alivio: el corazón de ese infeliz anciano está herido desde hace muchos años, y herido muy cruelmente.

—¿Y por qué no intenta usted verle hoy mismo, señorita Cecilia?—dijo el buen Francisco.—Mi corazón llora sangre al ver en ese estado á mi querido señor, tan altivo, tan severo. Á no ser por mí, hoy sería el juguete de todo el mundo. ¿No quiere usted entrar á verle?; yo la acompañaré; me conoce, y estando conmigo nada tiene usted que temer.

—Hoy tengo que volverme á casa con los niños, Francisco—repuso Cecilia.—Salí con ellos temprano, y el señor capellán y Blasa estarán con cuidado; no me conocen aún, y su confianza en mí no puede ser grande.

En aquel momento, la criada que había puesto

y servido la mesa entró en el jardín por una puerta que daba al interior de la casa, y que se abría junto al grupo de árboles bajo los cuales habían almorzado.

—El señor capellán está ahí, señor Francisco—dijo al mayordomo.

—¡El señor capellán!

—Dice que quiere hablar con usted.

—¿Y por qué le detienes? Que pase al instante.

—Me ha mandado que le llame á usted.

—Anda, anda, que ya te sigo: llévale al salón, y que se siente.

Y volviéndose á Cecilia, añadió:

—Vuelvo al instante, señorita. Coja usted flores, y si tardo, venga usted con los niños: se volverá usted con ellos á su casa en compañía del señor capellán, que está aquí.

La joven dió una vuelta por el extenso jardín, respirando con delicia el ambiente puro de la mañana, que embalsamaban mil flores: sus pulmones, oprimidos por las pesadas cortinas y los ricos muebles que se aglomeraban en los salones á media luz de la Baronesa, se dilataban, y el espacio inmenso y el cielo azul y radiante de aquel hermoso día de primavera elevaban á Dios su pensamiento, y sentía en su alma una necesidad inmensa de amar y de hacer bien. Llamó á los niños á su lado, y se sentó en un banco respaldado de jazmines, empezando á hablarles dulcemente.

—Yo he venido á cuidaros, queridos míos—les

dijo tomando sus manecitas en las suyas, poco mayores que las de Gonzalo;—he venido á cuidaros y á quererlos mucho. Yo os daré lección, os llevaré á paseo, coseré vuestros vestidos, aplancharé vuestra ropita, rezaré y pasearé con vosotros; ya no estaréis solos, ya tenéis quien os ame. Y vosotros ¿me querréis un poco en cambio? Decídmelo después de darme un beso.

Y Cecilia, dichas estas palabras, ayudó á Eva á que subiese á su falda, y la sentó sobre sus rodillas; la niña fijó en Cecilia sus grandes ojos azules, y con voz baja y triste preguntó:

—¿Y mamá?

—Está ausente, hija mía.

—¿Adónde ha ido?

—Á un viaje muy largo.

—¿Y papá?

Cecilia se estremeció; vaciló un instante, y después dijo con voz que temblaba:

—Tu papá también está viajando.

Gonzalo fijó en la institutriz una mirada dura y le dijo:

—¿Por qué engaña usted á mi hermana? ¡Papá ha muerto...! Mamá está en Madrid y no nos quiere ver... ¡Ni nosotros tampoco queremos verla...!

—¡Yo sí!—exclamó Eva con una vehemencia que hizo enrojecer sus mejillas de alabastro;—¡me acuerdo mucho de mamá!; ¡tan bonita, siempre riendo y cantando!; no hay nadie que sea tan bonita como mamá.

—Allí viene mi abuelo—dijo Gonzalo señalando una calle sombreada por altos álamos.—¡Oh, qué viejecito está...!; ¡oh, mi pobrecito abuelo...!—Y el niño, cediendo á su carácter apasionado, á su necesidad de ternura, echó á correr hacia don Lorenzo Valenzuela, que apoyado en el brazo de su ayuda de cámara, se adelantaba lenta y fatigosamente.

Desde la muerte de Barrientos, ó más bien desde que había descubierto los criminales amores de su hija con el Duque, había envejecido veinte años: la decrepitud había reemplazado á la vejez; su cabeza temblaba como si ya no pudiese sobrellevar el peso de su largo, de su eterno deshonor, continuado por su hija y llevado hasta su último término; tenía los cabellos blancos como la nieve; las piernas, débiles y temblonas, arrastraban los pies, y la boca, caída en los ángulos, formaba un pliegue profundo y tristísimo. Apoyado en el criado, caminaba con la vista perdida en el vacío y se adelantaba lenta y penosamente por la calle de árboles, cuando una pequeña mano se apoyó en su diestra, que sostenía una gruesa caña de Indias, y una voz infantil y cariñosa exclamó con ternura:

—¡Abuelo, abuelito!

El anciano se detuvo; miró á Gonzalo; temblaron sus párpados; cogió con su mano izquierda, que apoyaba en el brazo del criado, el bastón, y puso su descarnada mano en la cabeza de su nieto, que le miraba ansioso.

—¡Gracias á Dios que no las veo á ellas! —dijo con un profundo suspiro.

—¿Á quién, abuelo?

—Á ellas: á esas mujeres, á Sofía, á su hija. Todos los días me sacan el corazón del pecho, me lo magullan y vuelven á ponérmelo en su sitio... Pero ¿quién eres tú?: ¿un niño?; ¿un ángel que vienes á defenderme de esas furias?

—Soy Gonzalo, abuelito mío.

—¿Gonzalo?

—Sí; Gónzalo Barrientos, tu nieto que te quiere mucho, que vendrá á verte todos los días...

—Y yo, abuelito, soy Eva —dijo la niña, que conducida por su amiga Cecilia, tomó la otra mano de su abuelo.—Mírame bien; ¿no me conoces?

Y la niña fijó sus hermosos ojos azules en el venerable semblante de Valenzuela.

—Sí, sí te conozco—respondió el anciano con voz conmovida.—Sí, eres ella antes de ser mala; eres Alicia, mi Alicia, á la que yo amaba tanto, que me quería también y me abrazaba con tanta ternura... Vamos, abrázame, hija mía..., como antes, como antes...

El anciano vacilaba, embargado por la emoción. Cecilia acudió á sostenerlo, y Eva pasó al otro lado, en tanto que el ayuda de cámara acercaba una silla; pero antes de dejarse caer en ella, se encendió su mirada, tembló todo su cuerpo, y mirando á Eva con furor, exclamó:

—¡Vete, vete, ángel con cara engañadora, que luego te volverás demonio! ¡Tú despedazas mi corazón como otras tantas veces! ¡Tú deseas mi muerte...; tú eres Alicia..., su hija, la hija de la infame, de la maldita...! ¡Oh! ¡Maldita, maldita seas como tu madre, como su cómplice, como tu amante...!; ¡maldita seas...!

El anciano cayó inerte en los brazos de su criado y de Cecilia, y su cuerpo, agitado por una violenta convulsión, quedó de pronto inerte.

—Es una crisis—dijo el ayuda de cámara;—de éstas tiene ahora todos los días... Hay que llamar al señor Francisco que le entiende.

—Aquí viene—dijo Gonzalo, que había seguido con una mirada profunda y triste la terrible crisis de su abuelo.

El mayordomo venía triste y cabizbajo, trayendo en la mano el bolsillo de seda que dos horas antes había depositado en la bandeja donde don Pablo recibía los donativos para los hijos de Barrientos; pero al llegar al grupo que formaban el banquero sin sentido, Cecilia, los niños y el criado, se olvidó de todo y se lanzó hacia su amo con ansiedad.

—Vamos, Juan; llevemos al señor á su habitación—dijo al criado;—esta crisis pasará. Vamos pronto, para darle un calmante.

Los dos hombres levantaron la silla en que yacía el anciano. La institutriz y los niños siguieron el triste convoy. El banquero fué depositado

en un ancho sillón de terciopelo. Francisco le puso en la boca una cucharada de cordial, que tragó con avidez, y poco después dormía con profundo sueño; su semblante perdió la rigidez, y un suspiro de alivio salió de sus labios.

—La crisis está terminada—dijo Francisco,—y yo más tranquilo respecto de mi señor. Pero ¡ah, señorita; me agobia una gran pena!

—¿Cuál?

—El señor capellán me ha traído esto.

El honrado Francisco sacó de su bolsillo el de seda que lleno de oro había dejado en la bandeja de los donativos.

—¡Lo rehusa para los niños, y sólo quiere admitir lo de usted como una de tantas limosnas!

—Y creo que hace bien—dijo Cecilia;—los niños no deben gastar ni un céntimo de su abuelo, si éste no lo da con su pleno conocimiento y su libérrima voluntad. Usted ha obrado noblemente, Francisco; pero el señor capellán ha cumplido con un severo deber de conciencia.

—Y entonces, ¿por qué admite el donativo de usted?—exclamó con enfado el mayordomo.

—Porque el dinero que lo constituye es mío, y yo lo doy por mi libre voluntad.

—Entonces, ¿quién cuidará de estas pobres criaturas?

—¡Dios!—contestó la joven, alzando al cielo los ojos y la mano con una sublime expresión de confianza y de fe cristiana.

Y volviéndose á los pequeños, añadió:

—Vamos, queridos míos; vamos á la iglesia, que estará abierta para las vísperas; vamos á rogar á Dios por vuestro abuelo, por todos los buenos corazones que os aman, por todos los desgraciados que viven envueltos en las densas sombras de la culpa y del egoísmo...!